



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Presencia y herencia españolas en Estados Unidos

Tomás Torres Peral

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento, Legislación y Moral Militar

3 de junio de 2026

Mucho antes de la independencia de las Trece Colonias y del nacimiento de los propios Estados Unidos de Norteamérica como nación independiente, exploradores, soldados, navegantes, religiosos y colonos españoles recorrieron inmensos territorios desconocidos, fundaron ciudades, abrieron rutas comerciales y establecieron estructuras políticas y jurídicas en amplias regiones de Norteamérica, que hoy constituyen más de la mitad del territorio de EE. UU.

Desde Florida hasta California y desde el Misisipi hasta Alaska, la Monarquía Hispánica protagonizó durante más de tres siglos una expansión continental en América del Norte y oceánica a través del Pacífico de dimensiones extraordinarias. Sin embargo, aquella inmensa presencia española continúa siendo hoy una realidad poco conocida tanto fuera como dentro de España, particularmente en EE. UU., pese a haber dejado una huella profunda y permanente sobre la historia y la geografía norteamericanas.

Las primeras expediciones españolas hacia Norteamérica comenzaron inmediatamente después del descubrimiento. La Corona comprendió que el nuevo

continente era mucho más que las islas caribeñas, un territorio inmenso cuya verdadera dimensión todavía resultaba desconocida.

La exploración avanzó impulsada por la búsqueda de riquezas, la necesidad de asegurar territorios frente a otras potencias europeas y el deseo de ampliar la supremacía política y religiosa de la Monarquía Hispánica. Entre las primeras grandes empresas destacó la expedición de Juan Ponce de León, quien alcanzó las costas de Florida en 1513. Por ser aquel día 27 de marzo Domingo de Resurrección llamó a aquellos parajes Tierra de la Pascua Florida. Aunque la tradición popular vinculó posteriormente aquella expedición con la búsqueda de la «Fuente de la Eterna Juventud» que «tornaban mozos a los viejos», la realidad histórica respondía a objetivos mucho más estratégicos. España pretendía ampliar el conocimiento geográfico y asegurar nuevas rutas marítimas.

Ponce de León recorrió las costas de Florida e identificó corrientes marítimas fundamentales para las comunicaciones atlánticas, especialmente la Corriente del Golfo, decisiva posteriormente para las travesías entre América y Europa. Su expedición abrió el camino a futuras exploraciones y consolidó a España como la primera potencia europea en reconocer sistemáticamente el sudeste de los actuales Estados Unidos.

Pocos años después, la expedición de Pánfilo de Narváez protagonizó una de las empresas más dramáticas de toda la exploración americana. En 1528, Narváez desembarcó en Florida con centenares de hombres destinados a explorar y conquistar los territorios septentrionales del Golfo de México. Sin embargo, la expedición quedó atrapada por un entorno extremadamente hostil.

Los españoles atravesaron pantanos, bosques y regiones desconocidas, sufriendo hambre, enfermedades y enfrentamientos con tribus indígenas. Las dificultades de abastecimiento y la imposibilidad de mantener contacto con las naves agravaron todavía más la situación. Finalmente, los supervivientes intentaron abandonar aquellas regiones mediante precarias embarcaciones improvisadas. La travesía terminó en catástrofe. Naufragios, tormentas y hambre destruyeron prácticamente toda la expedición.

Entre los escasos supervivientes destacó Álvar Núñez Cabeza de Vaca, cuya odisea constituye uno de los testimonios más extraordinarios del siglo XVI. Durante años recorrió los actuales territorios de Texas, Nuevo México y el norte de México conviviendo con numerosos pueblos indígenas. Su obra *Naufragios* describe un continente inmenso y desconocido, así como la enorme diversidad cultural existente en Norteamérica antes de la ocupación europea.

La gran epopeya exploradora llegaría poco después con Hernando de Soto. Veterano de las campañas del Perú junto a Francisco Pizarro, De Soto organizó una gigantesca expedición destinada a explorar y someter los territorios interiores de Norteamérica. En 1539 desembarcó en Florida al mando de cientos de soldados, religiosos, auxiliares indígenas y caballos. Durante varios años, sus hombres atravesaron los actuales estados de Florida, Georgia, Alabama, Misisipi y Arkansas, protagonizando una de las mayores exploraciones terrestres de la Edad Moderna.

Los españoles atravesaron interminables pantanos, densos bosques subtropicales y grandes ríos desconocidos para los europeos. El clima, las enfermedades y la falta de abastecimientos fueron debilitando progresivamente a la expedición. A ello se unieron violentos enfrentamientos con las tribus indígenas. Especialmente dura fue la batalla de Mabila o Mauvila, actual Mobile, en el actual estado de Alabama, uno de los combates más sangrientos de toda la exploración norteamericana.



Descubrimiento del Misisipi por Hernando de Soto. William H. Powe, 1853, Rotonda del Capitolio

Pese a las dificultades, los hombres de De Soto realizaron uno de los descubrimientos geográficos más importantes del siglo XVI: el río Misisipi. En mayo de 1541 los expedicionarios contemplaron y cruzaron por primera vez aquel gigantesco río cuya magnitud impresionó. Sin embargo, la expedición estaba ya exhausta. Hernando de Soto moriría finalmente en mayo de 1542 a orillas del Misisipi. Sus hombres ocultaron el fallecimiento enterrando secretamente su cuerpo en las aguas del río para evitar que los indígenas descubrieran la muerte de su

líder. Aunque la expedición no consiguió los objetivos iniciales, permitió ampliar el conocimiento geográfico del sudeste norteamericano. Esta epopeya quedó reflejada en la obra de Garcilaso de la Vega titulada *La Florida del Inca*

Además de Hernando de Soto, Francisco Vázquez de Coronado protagonizó una de las mayores expediciones terrestres de la historia de Norteamérica. En 1540 emprendió la búsqueda de las legendarias Siete Ciudades de Oro de Cíbola, recorriendo inmensos territorios que hoy forman parte de Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas. Sus hombres atravesaron desiertos, mesetas y grandes llanuras pobladas de bisontes, entrando en contacto con numerosos pueblos indígenas del sudoeste norteamericano. En el curso de aquella expedición tuvo lugar uno de los descubrimientos geográficos más extraordinarios de la exploración española. García López de Cárdenas, capitán de Vázquez de Coronado, fue enviado en busca del legendario río Tizón, nombre que los españoles daban entonces al actual río Colorado. Guiados por indígenas *hopi*, sus hombres caminaron durante veinte días por un territorio árido y desconocido hasta encontrarse inesperadamente con el Gran Cañón del Colorado. La visión dejó maravillados a los expedicionarios, que contemplaron una inmensa garganta de casi dos mil metros de profundidad, con el río discurriendo por el fondo.



Castillo de San Marcos. San Agustín. Florida

La exploración española alcanzó un momento decisivo con la fundación de San Agustín en 1565 por Pedro Menéndez de Avilés. San Agustín se convirtió en la primera ciudad europea y española estable y permanentemente habitada de los actuales Estados Unidos. La fundación respondía a razones claramente estratégicas. España necesitaba proteger las rutas marítimas del Caribe y expulsar la presencia francesa de Florida. Menéndez de Avilés cumplió aquella misión

mediante una campaña militar contra los hugonotes franceses establecidos en *Fort Caroline*. Durante siglos, y hasta 1821, San Agustín actuó como gran bastión defensivo de la Monarquía Hispánica en Norteamérica. Fortificaciones como el Castillo de San Marcos simbolizan todavía hoy aquella presencia española, no en vano fue la ciudad norteamericana donde más tiempo ondeó la bandera española, la histórica blanca y con la cruz de San Andrés en rojo.

Otro militar y explorador, digno de ser mencionado fue Juan de Oñate que dirigió la expansión de la Monarquía Hispánica hacia el actual suroeste de Estados Unidos. En 1598 encabezó una expedición que cruzó el río Grande y estableció el primer asentamiento permanente español en Nuevo México, la provincia de Nuevo México y el asentamiento de San Juan de los Caballeros, y abrió rutas de exploración hacia las Grandes Llanuras y el río Colorado.

A lo largo del siglo XVII, España consolidó su dominio mediante una compleja red de misiones, presidios y caminos reales. Las misiones franciscanas no eran simples centros religiosos, sino auténticos núcleos agrícolas, ganaderos y económicos. Los presidios (de *presidium*, presidir, prisión) garantizaban la defensa de las rutas y protegían a colonos y religiosos frente a ataques indígenas o incursiones extranjeras. Aquellas fortificaciones estaban conectadas mediante rutas terrestres que atravesaban miles de kilómetros de desiertos y montañas. En Nuevo México surgieron importantes asentamientos como Santa Fe, fundada oficialmente en 1610 y convertida en capital del territorio español del sudoeste. Importante nudo de comunicaciones, desde allí se organizaban expediciones y se coordinaba la administración de las provincias septentrionales. España logró mantener durante siglos una presencia relativamente estable en amplias regiones del sudoeste.

Durante el siglo XVIII la expansión española alcanzó California. El creciente avance ruso desde Alaska y el interés británico por el Pacífico norte hicieron comprender a la Corona que resultaba imprescindible asegurar rápidamente aquellas regiones. El principal protagonista de aquella expansión fue Gaspar de Portolá, militar ilerdense, quien dirigió las expediciones destinadas a ocupar Alta California. En 1769 encabezó una importante expedición terrestre acompañada por soldados y religiosos. Las campañas de Portolá permitieron descubrir enclaves estratégicos como la bahía de San Francisco, considerada uno de los mejores puertos naturales del mundo. Aquellas expediciones facilitaron posteriormente la fundación de presidios, misiones y nuevas poblaciones. Junto a Portolá, destacó decisivamente Fray Junípero de Serra, organizador del sistema de misiones californianas. Fray Junípero comprendió que la consolidación española no podía depender únicamente de pequeños destacamentos militares, sino de la creación de núcleos permanentes de población.

Las misiones impulsadas por Serra actuaban como verdaderos centros agrícolas, ganaderos, educativos, religiosos y culturales. En torno a ellas surgieron poblaciones que con el tiempo terminarían convirtiéndose en grandes ciudades. San Diego, Monterrey, San Francisco, Santa Ana y, posteriormente, Los Ángeles nacieron inicialmente dentro de las estructuras políticas y religiosas de la California española. La huella de aquellas fundaciones continúa visible hoy tanto en la toponimia como en numerosos elementos culturales y urbanísticos.

La organización política y administrativa de California fue impulsada además por Felipe de Neve. Como gobernador de Alta California promovió la creación de poblaciones civiles destinadas a reforzar el poblamiento permanente del territorio. Su actuación más relevante fue la fundación en 1781 de El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles, origen de la actual ciudad de Los Ángeles. Aquella pequeña comunidad agrícola terminaría convirtiéndose siglos después en una de las mayores ciudades del planeta.

Especial relevancia tuvo igualmente Bernardo de Miera y Pacheco, militar, ingeniero, geógrafo y cartógrafo que desempeñó un papel fundamental en el conocimiento geográfico del sudoeste norteamericano. Sus mapas describieron con enorme precisión rutas, montañas, ríos y asentamientos correspondientes hoy a Nuevo México, Colorado, Utah y Arizona. Participó además en expediciones fundamentales destinadas a abrir nuevas comunicaciones terrestres entre Santa Fe y California.

La presencia española alcanzó también el Pacífico norte. Navegantes españoles recorrieron y cartografiaron por primera vez las costas de California, Oregón, Vancouver (fundada por Francisco de Bodega y Quadra) y Alaska. Uno de los primeros exploradores fue Juan Rodríguez Cabrillo, quien recorrió gran parte de las costas californianas en 1542. Décadas más tarde, Sebastián Vizcaíno elaboró detalladas descripciones de importantes puertos como Monterrey.

Durante el siglo XVIII, el avance ruso desde Alaska obligó a España a intensificar sus expediciones septentrionales. Desde el apostadero naval de San Blas partieron sucesivas campañas destinadas a reafirmar la soberanía española sobre el Pacífico norte. Entre los marinos más destacados sobresalieron Bruno de Heceta, Francisco de Eliza y Francisco de Bodega y Quadra. Sus expediciones alcanzaron las costas de Oregón, Washington y Alaska, realizando importantes trabajos cartográficos y estableciendo contacto con pueblos indígenas del extremo noroccidental americano.

La rivalidad con Gran Bretaña desembocó en la denominada Crisis de Nutka, uno de los conflictos diplomáticos más graves del siglo XVIII. España defendía su dominio sobre aquellas costas frente a las crecientes ambiciones británicas

vinculadas al comercio de pieles y a la expansión marítima inglesa. Igualmente destacó la expedición científica de Alejandro Malaspina, una de las mayores expediciones ilustradas de la época. Sus buques recorrieron el Pacífico realizando observaciones astronómicas, cartográficas y científicas de enorme valor.

Otro personaje esencial fue Juan Bautista de Anza, coronel de Caballería que desempeñó un papel fundamental en la consolidación española de California y del sudoeste norteamericano. Anza abrió y aseguró rutas terrestres entre Sonora y California. Gracias a sus expediciones resultó posible abastecer y reforzar los nuevos asentamientos californianos.

Especial importancia tuvo la expedición de 1775-1776, mediante la cual Anza condujo colonos y soldados hacia California para fundar nuevas poblaciones permanentes. Anza desempeñó además un papel esencial en la reorganización de los llamados Dragones de cuera, unidades de Caballería presidial encargadas de defender las fronteras septentrionales frente a tribus locales. La victoria de Anza sobre el célebre jefe comanche Cuerno Verde en 1779 constituyó uno de los mayores éxitos militares españoles en Norteamérica y permitió estabilizar temporalmente amplias regiones fronterizas.

Durante el siglo XVIII, la rivalidad con Inglaterra se convirtió en el gran problema geopolítico para España en Norteamérica. La Monarquía Hispánica comprendía perfectamente el peligro que suponía el crecimiento británico. Por ello, España intervino decisivamente en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias contra Gran Bretaña. El capitán ceutí Francisco de Leyba y Córdova frenó a los ingleses en la denominada Batalla de San Luis en defensa del fuerte San Carlos en la alta Luisiana.

Uno de los grandes protagonistas en aquella Guerra de Independencia fue Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana. Gálvez dirigió algunas de las campañas militares más importantes de la guerra en el valle del Misisipi y el Golfo de México. Sus tropas conquistaron Baton Rouge y Mobile, debilitando gravemente la presencia británica en el sur. La gran victoria llegaría finalmente con la toma de Pensacola en 1781. Aquella operación supuso el derrumbe definitivo del poder británico en la Florida Occidental. Las campañas de Gálvez obligaron a Gran Bretaña a dividir fuerzas y recursos, facilitando indirectamente el triunfo del ejército de George Washington. Pese a ello, la historiografía anglosajona ha tendido frecuentemente a minimizar la importancia de la ayuda española en la independencia estadounidense.

España mantuvo durante siglos inmensos territorios desde Florida hasta California, pasando por Texas, Arizona, Nuevo México y Luisiana. Aquella gigantesca extensión resultaba extremadamente difícil de defender. Sin embargo, la presencia

española logró consolidarse mediante presidios, misiones, rutas comerciales y fundaciones urbanas. Varias de las ciudades más importantes de los actuales Estados Unidos fueron fundadas por españoles. Entre ellas destacan San Agustín en 1565, Santa Fe en 1610, San Antonio en 1718, Tucson en 1775, Los Ángeles en 1781, Santa Bárbara en 1782, San Diego en 1769, San Francisco en 1776, Monterrey en 1770, El Paso en 1659, Laredo en 1755 y Albuquerque en 1706, entre otras.

La huella hispánica permanece visible en numerosos nombres geográficos estadounidenses como Colorado, Nevada, Sacramento, Sierra Nevada, Las Vegas, Palo Alto, San José, Los Ángeles o Santa Bárbara. La expansión española no fue únicamente militar o territorial. También implantó instituciones jurídicas, modelos municipales y sistemas administrativos que dejaron una profunda influencia en el sudoeste estadounidense.

El derecho español sigue vigente en algunos estados de EE. UU. y algunas leyes, como las Partidas de Alfonso X, continúan siendo citadas ocasionalmente por tribunales estadounidenses como parte de la tradición jurídica heredada del Derecho español, habiendo sido traducidas al inglés para facilitar su conocimiento. En efecto, buena parte del derecho de aguas y de determinadas instituciones locales del oeste norteamericano hunden sus raíces en el antiguo derecho español y en las leyes indianas aplicadas durante siglos en aquellos territorios. La Ley española que no gustó a los ingleses en California es la que aseguraba derecho de propiedad a los indios. Desapareció.

La influencia española alcanzó igualmente la arquitectura, el arte, la música, la ganadería, la gastronomía, la organización de los municipios y buena parte de las rutas históricas que posteriormente utilizarían exploradores, comerciantes y colonos estadounidenses. El caballo, elemento fundamental del posterior desarrollo y expansión estadounidense, determinadas técnicas agrícolas y numerosos componentes culturales llegaron a Norteamérica a través de la presencia hispánica. Las rutas abiertas por exploradores españoles fueron utilizadas posteriormente por comerciantes y colonos anglosajones durante la expansión hacia el oeste. Muchos caminos y antiguos presidios terminaron convirtiéndose con el paso del tiempo en importantes núcleos urbanos y centros económicos.

Durante el siglo XIX comenzó el declive definitivo de la presencia española en Norteamérica. La independencia de México alteró profundamente el equilibrio continental y abrió el camino a la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste. La creciente superioridad demográfica, económica y militar estadounidense terminó integrando los antiguos territorios españoles mediante guerras, anexiones y

tratados internacionales. Florida, Luisiana, Texas, Nuevo México y California completaron las adquisiciones por las buenas o no tanto.

Sin embargo, aunque el dominio español desapareció finalmente del continente norteamericano, su legado histórico continúa profundamente presente. Como se ha señalado, desde Florida hasta California, pasando por Texas, Arizona o Nuevo México, la presencia española dejó una huella permanente en la configuración histórica, cultural y territorial de los actuales Estados Unidos. La propia geografía norteamericana conserva todavía hoy esa memoria histórica. Cientos de ciudades, montañas, ríos y accidentes geográficos mantienen nombres españoles. Grandes accidentes geográficos como el Gran Cañón del Colorado, el río Misisipí o la Bahía de San Francisco fueron descubiertos por españoles, así como la importantísima Corriente del Golfo.

La presencia española en Norteamérica no fue un episodio marginal ni anecdótico, sino una empresa continental de enorme magnitud que se desarrolló durante más de tres siglos y que condicionó decisivamente la evolución histórica del continente. Comprender aquella realidad resulta esencial para entender la verdadera formación histórica de los actuales Estados Unidos. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026